

JUAN SAN MARTÍN
LAS ARTES EN EL PUEBLO VASCO

El comportamiento vasco en las artes plásticas ha seguido las corrientes internacionales desde la Edad Media, como la generalidad del occidente europeo y, por consiguiente, no pretendemos descubrir originalidades definitivas orientadas al marco de la creación propia; es decir, autóctona. En todo caso tendríamos que remontarnos a la prehistoria, muy concretamente a las pinturas murales del Paleolítico superior, para localizar algo afirmativo en ese sentido. Pero, por otra parte, ello nos conduciría a una difícil conexión con el vasco actual.

Para avanzar sobre bases sólidas nos interesa conocer las distintas corrientes occidentales en épocas y sus estilos, y analizar la interpretación, asimilación y aportación de los vascos a través de los siglos.

PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA

El País Vasco ocupa el eje central del territorio al que los arqueólogos han convenido denominar «cultura Franco-Cántabra», y dentro del mismo surgen las primeras manifestaciones artísticas de la Humanidad, culminadas con las pinturas murales de las cavernas. Dentro del territorio vasco contamos con notables pinturas en las cuevas de Etxeberri, Sasixiloa, Altxerri, Ekain, Santimamiñe, Arenaza, etcétera. Desde Uberoa (Suole) hasta Vizcaya. Entre las que destacan las de Ekain, en la cuenca del Urola, con notable representación caballar, únicamente comparables con las de Lascaux.

Permanecen abiertas al público las de Ostozelaia, en Isturitze (Isturits, Baja Navarra), que conserva en su interior un grabado y a la entrada de la caverna posee un pequeño museo con muestras de instrumentos líticos y óseos, y las de Santimamiñe, con pinturas en Cortézubi (Vizcaya).

Durante los períodos Neolítico y Eneolítico transcurre la «cultura pirenaica» entre Ebro y Garona, teniendo por eje central al Pirineo hasta entrar en tierra catalana. Son los períodos de los monumentos megalíticos, dólmenes y túmulos funerarios donde aparece un ajuar característico. Por sus dimensiones destacan los dólmenes de la llanada alavesa, Aizkomendi de Eguílaz y Sorginetxeta de Arrizala; y al sur, San Martín de Laguardia y Choz de la Hechicera de Elvillar, por ejemplo. Hacia finales de esta edad aparece la presencia de la cerámica.

En la Edad de los Metales abundan los crómlechs de pequeñas dimensiones en las alturas de la actual zona fronteriza entre Francia y España, en su parte más occidental.

En el ajuar del período Eneolítico aparecen los primeros objetos de bronce junto a la presencia de la cerámica campaniforme. Pero la Edad del Bronce propiamente dicha, no comenzará hasta 1200 años a. C.

Al entrar en la Edad del Hierro, penetran las oleadas llamadas célticas, incrementando y entrecruzando diversas culturas que van tejiendo una compleja vida socio-cultural

de la que arqueología aún no dispone de suficiente material como elemento de juicio para clarificar y pronunciarse con detalle la asimilación indígena; en consecuencia, no nos es posible concretar y valorar lo autóctono en el campo de las artes plásticas. Dichas oleadas repercuten principalmente en la región meridional del país, por el curso del Ebro, aunque sus huellas se perciban en toda la geografía, como atestiguan los cuencos de oro del período Hallstat en Bolibar, de Guipúzcoa. Ultimamente, las excavaciones que se están llevando a cabo en el poblado de La Hoya (Alava) nos están arrojando un precioso material que ayudará a interpretar y aclarar bastantes puntos de este enigmático período.

Los romanos establecieron por capital de los vascones a Calagurris (Calahorra), ejerciendo su influencia sobre las tribus de los berones, várdulos, caristios y autrigones, que debían poseer afinidad etno-lingüística. Roma abrió vías y erigió poblados para guarniciones y explotaciones mineras. Lo mismo aconteció por la vertiente norte del Pirineo, que al reducir a los galos ocuparon la Aquitania, con la Gascuña y el actual País Vasco de Francia. Pero no serían las primeras manifestaciones arquitectónicas, pues conviene constatar la existencia de algunos poblados y castros primitivos, además del citado de La Hoya, en Navarniz, Aldaba, Lastra, Arguedas, Olarizu, etc.

El estadio pastoril, con su trashumancia por ambas vertientes del Pirineo, con itinerarios fijos entre Ebro, Garona y la cornisa cántabra, perduró entre los propios vascos como economía básicamente ganadera, a pesar de los importantes poblamientos celtibéricos y romanos. En consecuencia, hasta nuestros días se perciben sensibles isoglosas lingüísticas de su interrelación cultural.

La caída del Imperio romano se produjo cuando aún era fuerte la forma de vida primitiva y el arraigo tradicional tuvo alguna recuperación sobre el empuje del latín, como puede ser el caso de Iruña, Pompaelo (Pamplona). La Edad Antigua transcurre hasta el bajo medioevo, aparentemente sumido en la oscuridad, sin mostrarnos nada especial, hasta bien entrada la Edad Media.

En esta tierra donde el hierro abundaba, su labra se conseguiría por medios rudimentarios a partir de las *haizeolak* (ferrerías de aire), cuyos vestigios aparecen en las alturas; sin descartar las innovaciones técnicas romanas. Sin embargo, las noticias escritas sobre ferrerías son muy tardías; se remontan al siglo IX con la donación de Arroncio, y en 1025 se conoce la lista de las poblaciones de Alava que pa-

gaban a San Millán de la Cogolla como impuesto una reja de hierro.

Los primeros testimonios de vida cristiana aparecen en las cuevas naturales y artificiales de Alava y Navarra principalmente; por supuesto, antes que la vida cenobítica y monástica, con independencia y desvinculada, al parecer, de las directrices institucionales de los arrianos establecidos en Toledo, con los que mantuvieron reñidas diferencias. No obstante, la presencia cristiana la hallaremos al final del Imperio romano con los mártires de Calahorra. Por otra parte, la lápida funeraria de Morga y otras piezas arqueológicas de Forua, en Vizcaya, así como los últimos hallazgos en el suelo de la ermita de Santa Elena, enclavado en área del territorio Oiarso, en Irún, inducen a creer dicha presencia. Pero hay que reconocer que la gran cristianización, a niveles populares, se difundió hacia el siglo VIII-IX.

Seguidamente a la caída del Imperio romano, el hecho más característico lo constituyó el surgimiento de una cultura aquitana, con su capital Burdigala (Bordeos), que tenía como núcleo principal la Novempopulania, con toda la Gascuña, ejerciendo su influencia sobre el territorio vascón, de la que datan las lápidas epigráficas que nos dejan entrever nombres de cultos y divinidades vascas y algunas palabras euskéricas.

ROMANICO

Los indicios de la influencia visigótica y carolingia apenas si merecen consideración por su escasa importancia. El arte prerrománico, casi es nulo. El reinado de Navarra trajo consigo la erección de grandes templos e instalación de órdenes monásticas que contribuyeron en la implantación de los más estrictos cánones del arte románico, como en el caso de los monjes de Cluny, traídos por Sancho III el Mayor, primeramente a San Juan de la Peña para iniciar la reforma monástica y, de allí, Sancho Ramírez los introdujo en Leyre. Pues hemos de recordar que por iniciativa de Sancho III, sus hijos propiciaron la construcción de otros grandes templos fuera del país, que son: San Antolín de Palencia, la catedral de Jaca, San Martín de Frómista y San Isidoro de León entre otros.

Para este desarrollo arquitectónico, fue decisivo el Camino de Santiago. Aquel monarca navarro despejó de árabes el norte de España para establecer la ruta jacobea por la meseta, evitando los tortuosos caminos de la cornisa cantábrica. Aún así, además de la ruta general, mantuvo di-

versidad de ramificaciones. La principal ruta, aparte de la procedente de Somport y Jaca, es la que convergía en Izura (Ostabat) y por Donibane Garazi (Saint-Jean-Pied-de-Port) remontaba el collado de Ibañeta y por Roncesvalles iba a unirse con la de Jaca en Gares (Puente la Reina).

Los mayores y más suntuosos monumentos románicos del país se ubican en Navarra y Alava. Son notables las partes antiguas de Leyre, ábside y cripta, así como la iconografía de la portada. En su conjunto arquitectónico, verdaderamente monumental es San Pedro de la Rúa de Estella, iglesia de tres naves con ábsides de tambor y un claustro. En iconografía también es importante la puerta norte del templo de San Miguel, en la misma ciudad. En Estella se conserva el palacio románico en el que habitó Sancho VI de Navarra, y que constituye una obra singular de la arquitectura civil dentro de su estilo artístico.

Santa María la Real de Sangüesa además de su conjunto arquitectónico muestra su portada ricamente esculpida. Con columnas estatua, el tímpano con los apóstoles, el pantocrátor convocando al juicio final y arquivoltas y fachada con representaciones diversas entre ritos, mitos, costumbres y oficios.

Los templos menores son abundantes, en Vizcaya únicamente los de San Pedro de Abrisketa en Arrigorriaga, y San Miguel y San Pelayo en Baquío. Puertas, ventanas, molduras, pilas, capiteles e imágenes ya son más abundantes en Vizcaya, Guipúzcoa y Lapurdi (Labourd), donde escasea la presencia del románico. Sin embargo, los templos menores abundan en Alava y sobre todo en Navarra y la región suletina. Entre otras llama la atención la puerta de Tuesta, en Alava, por su ornamentación escultórica, donde entre otras se aprecia una de las primeras imágenes con instrumento musical semejante al chistu y a la vez tañendo la caja a la manera actual, pero sin duda es anterior otra imagen similar que figura en la iconografía de los capiteles de Santa Engracia (Zuberoa, Soule), donde sobresalen otras que simbolizan ritos de fertilidad. Este tema, con representaciones gráficas del origen de la vida, se puede apreciar perfectamente en los canecillos de Artaiz, casi entremezclados con rituales litúrgicos. Temas similares, pero donde destaca el folklórico, podemos contemplar en la iglesia de Echano en Oloriz, con músicos tullidos y saltimbanquis callejeros.

Construcciones singulares son los templos octogonales de Santa María de Eunáte, en Muruzábal, con claustro circundante, y el de Torres del Río. En menores dimensiones pero algo similar viene a ser lo que fue la capilla del Hospi-

tal de San Blas (Ospitale-pia, Hôpital-Saint-Blaise), en la región suletina.

Una de las rutas románicas más interesante y menos conocida dentro de un valle puede ser precisamente la suletina, que se inicia en el citado templo del Hospital de San Blas para terminar en Santa Engracia, con su magnífico templo del siglo XI, que también fue la capilla del hospital de peregrinos al pie del puerto de Arrakogoiiti. Arrancando el itinerario por Mauleon, ruta Arballa (en Pettarra o Basse Soule), desde Urđinarbe (Ordarp), pequeña iglesia con la parte de la cabecera con tres naves y ábsides de tambor, para penetrar por los valles de Ibar-esküin (Val Dextre), dentro de un paisaje de extraordinaria belleza, hasta Zihiga (Cihigue), que nos ofrece la contemplación de pequeños y rústicos templos con crismones en los dinteles y bóvedas de cañón en Ozáze (Ossas) y Gamère (Camou), y desde Zihiga alcanzar Basabürria (Haute-Soule) para pasar a Ibar-exker (Val Senestre), en Lígi (Licq). De aquí, retrocediendo unos pocos kilómetros, encontraremos los templos de similares características en Liginaga (Laguinge) y Hauze (Haux), no lejos de Santa-Grazi (Saint-Engrace), donde el elevado valle se abre y en él ubica el templo románico antes aludido, cuya construcción data de tiempos de Sancho III el Mayor.

Pero al recordar itinerarios románicos es preciso nombrar a Valdorba (Valle de Orba), el valle románico por antonomasia. Recuérdese que muy próximo, dirección norte, se sitúa el pueblo de Oloriz, donde radica el templo de San Pedro de Echano. Sirve de umbral a Valdorba, el Santo Cristo de Catalain, que pertenece al municipio de Garinoain. Justo empezar el valle, tiene, por la parte septentrional, Eristain, y por la meridional, Orisoain, a ambas partes de la carretera general, y se puede finalizar el itinerario en la cabecera del valle visitando el notable hórreo de Iracheta. Y tratando de hórreos románicos, también se merece su consideración el de Santa Fe (Urraul Alto), enclavado dentro del conjunto del santuario con claustro, del siglo XIII.

Sin embargo, el principal itinerario puede ser el que parte de Sangüesa por Aibar en dirección a la convergencia del camino mayor de Santiago en Puente la Reina, pasando por Olleta, al sur de Valdorba, poseedora de otra joya románica como la es su diminuta iglesia, y salir a Puyo o a Garinoain. Pero antes de llegar a Olleta, desde Lerga se puede desviar para visitar San Martín de Unx, que a su valor arquitectónico con interesante cripta hay que añadir su singular pila bautismal. Ya próximo tenemos a Ujué, con iglesia romá-

nica en el interior de una fortificación del siglo XIV, y una de las vírgenes más extraordinarias del románico navarro. Talla en madera con revestimiento de plata repujada. La parroquia de San Pedro de Olite puede ser otro punto de interés en el recorrido. Mas un desvío prolongado por Pitiillas, donde existe un Cristo románico, nos puede llevar al monasterio de la Oliva. Pero volviendo a Garinoain, punto clave entre Sangüesa y Puente la Reina, habría que remontar en dirección a Pamplona y, enseguida de dejar a la margen derecha Unzue con la hermosa portada de San Millán, alcanzar el lugar de Campanas y desviarnos hacia la derecha, y por Eneriz, pasando junto al ya citado monumento Santa María de Eunáte, a Puente la Reina (Gares). El puente sobre el río Arga y la puerta llamada de Santiago son las piezas más notables. Es obligado continuar por los históricos lugares de peregrinaje, como son Mañeru y Gesalaz, para culminar el itinerario en Estella, y los monasterios de Irache e Iranzu, en las proximidades de esta ciudad, marcan la transición al gótico.

De fijar alguna ruta de continuidad por Alava, ya resultaría más compleja por la dispersión de monumentos. Sin embargo, merece recorrer la llanada alavesa penetrando desde la Burunda navarra y seguir por las huellas que constituyeron los flancos de la calzada romana de Burdeos a Astorga. En dicha ruta, son visita obligada para conocer el románico alavés: San Román de San Millán, por su puerta y pila bautismal; el templo de Gaceo, que además contiene murales góticos, y muy próximo, el templo de Ezkerekotxa (Ezquerecocha). En dicha ruta tendremos, paralelamente, al norte, la ermita de San Juan de Amamio en Araya y San Julián de Aistra en Zalduendo, ambas con su parte prerrománica; al sur, algo más distante de la ruta, Ocariz, con su parroquia con puerta románica muy deteriorada, conservando en su interior una imagen gótica de Andra Mari, que bien podía ser modélica para representar a las vírgenes vascas, y en la ermita de San Miguel existen lápidas romanas incrustadas en el muro.

De menor interés resulta la ruta Estella-Vitoria, que nos obligaría a desplazamientos laterales para poder ver algo interesante en este estilo artístico. Nos viene el recuerdo de Contrasta, con la ermita Elizmendi, que también contiene lápidas romanas y ella, de por sí, es buen ejemplar del románico. Hay otras ermitas como la de Andra Mari de Ullibarri Arana y la de la Soledad de Aauri. Justo al paso, Oquina ofrece su portada parroquial. Pero al aproximarnos a Vitoria, no debemos olvidar el santuario de Estíbaliz, por su arquitectura de planta en cruz latina, su triple ábside de tambor y la ornamentación de la puerta meridional. Y en Vi-

toria, San Prudencio de Armentia, donde sobresalen los relieves del pórtico, su conjunto arquitectónico y el singular tetramorfo con apoyo en ménsulas sostiene la bóveda de crucero.

En la escultura exenta destacan las Andra Maris (imágenes de Nuestra Señora) destinadas a presidir los altares de los templos. Una imaginería riquísima que se extiende por toda la geografía y que avanza crecientemente a lo largo del período gótico. Vírgenes sedentas con el Niño en el regazo, generalmente talladas en madera, aunque se conozcan algunas labradas en piedra, y algunas navarras aparecen forradas de plata. Generalmente acusan unas peculiaridades muy propias de talleres o escuelas que las distinguen por su estilización.

En artes suntuarias o aplicadas, los talleres de esmaltes que debieron funcionar en Pamplona, según los indicios de investigación llevada a cabo por madame Gauthier a raíz de la recuperación del frontal de altar de San Miguel de Aralar, son a tomar en consideración como taller de orfebres-esmaltadores en la capital navarra como etapa primordial en el camino de Santiago. La Virgen de Jerusalén de Artajona, la arqueta de Fitero, la píxide de Esparza de Galar, más otras piezas existentes en el Museo Diocesano de la orfebrería navarra. Lástima que no pueda figurar en él el báculo de cobre dorado y esmaltado de San Pedro de Estella. Pero también echamos de menos el frontal o retablo de los arcángeles de Eguilior, como pieza única de pintura mural del románico y que hoy se halla en el Museo de Barcelona.

GOTICO

El entronque de los reyes de Navarra con las dinastías francesas hace evidente su influencia en el estilo gótico, sin olvidar las posesiones que tuvo Navarra en Normandía, y tampoco hay que desechar el comercio que nuestros puertos marinos establecieron con los del centro de Europa.

Para estudiar la transición, muy pocos monasterios pueden ser de mayor interés que los ya citados Iranzu, Irache y La Oliva, en Navarra, y muchísimas parroquias de Alava.

Las obras capitales del gótico en el país pueden ser las catedrales de Pamplona y Bayona, seguidas de la catedral vieja de Vitoria. La primera fue edificada no sólo sobre un templo gótico, sino sobre lo que pudo ser el centro de la antigua población romana. Del templo que precedió se

conservan algunos capiteles en el museo. La actual fue iniciada a finales del siglo XIII y con altibajos en la construcción, para dar por finalizada hacia finales del siglo XV, salvo la fachada, que es obra neoclásica de Ventura Rodríguez, que por la diferencia de estilos confunde y devalúa el conjunto monumental.

En 1441 figura como maestro mayor Johan Lome y una lista de canteros, en su mayoría de apellidos vascos. En torno a la construcción del claustro se formó una escuela que incidiría en otros monumentos españoles, según Iñiguez Almech.

La de Bayona se comenzó en 1258 y su cuerpo principal se desarrolló a lo largo del siglo XIV. Lambert hizo observar algunas semejanzas entre las catedrales de Pamplona y Bayona, pero las características generales de ésta son totalmente inglesas. En claves de bóvedas se pueden contemplar los escudos de la corona inglesa, los tres leopardos que también pasarían al escudo gascón. Las torres gemelas se elevaron el pasado siglo.

El gótico con influencia netamente de Isla de Francia es la colegiata de Roncesvalles, como atestiguan sus triforios y las columnas con sus capiteles, además de su estructura general. Fue comenzada en 1209 sustituyendo a otra existente hacia 1090.

Santa María, la vieja catedral de Vitoria, se erigió en la segunda mitad del siglo XIV. Su pórtico de triple puerta ornada, con imágenes de santos y profetas de influencia franco-navarra, constituye un extraordinario conjunto escultórico, con escenas de la vida de Santo Tomás, de la Virgen, en su Dormición y Asunción, y alegoría del juicio final. El interior, planta en cruz latina con tres naves de desigual altura. Bello triforio y capiteles florales, a excepción de los de un pilar junto al crucero (lado de la Epístola) con representación de caprichosas escenas taurinas.

En la misma ciudad tenemos la parroquia de San Pedro, con enterramientos personajes de la nobleza ostentando sus escudos de armas. Lo más notable, su pórtico con una hermosa Virgen en su parteluz, y en el tímpano, escenas de la vida de Cristo y del santo titular. La posición de la puerta, en la cabecera de la iglesia, parece ser impuesta por la antigua muralla de la ciudad.

Existen, además, otros templos ojivales en la capital alavesa, San Miguel y San Vicente. Frente al primero, una hornacina con la Virgen Blanca, patrona de la ciudad.

Con el desarrollo comercial marítimo, unido al de las ferrierías de cauce, que vinieron a sustituir a las movidas por aire, llegó también el crecimiento de los pequeños núcleos urbanos, y de ahí, la formación de las villas; y los grandes templos marcaron la pauta en la construcción de las parroquias de estas villas. Por ejemplo, la parroquia de San Juan Bautista de Mondragón, erigida entre 1340 y 1350, es el primer gran templo gótico guipuzcoano, con estructura similar, aunque más modesta, a San Pedro de Vitoria, pero anterior a la misma. Posee tres naves con crucero, ábside poligonal y capillas absidales en crucero. En la nave central, arcos colaterales para contener el empuje de las bóvedas.

Es que Mondragón, además de poseer minas, se encontraba a mitad de camino de la costa. Ruta en la que merecen ser citadas la puerta de San Bartolomé de Elgoibar, hoy cementerio en el lugar donde existió la iglesia gótica; San Andrés de Astigarribia, con un muro prerrománico y noticias del siglo XI, y la preciosa portada gótica de la parroquia de Deva, que recuerda a la de Santa María la Real de Laguardia.

Bilbao cuenta con varios monumentos de esa época. Donde destaca la catedral de Señor Santiago, del siglo XIV, de planta salón, con tres naves y crucero girola con capillas asimétricas, poligonales, bóvedas de crucería, y en el siglo XV se le añadió el claustro gótico florido. Merece mencionarse el templo de San Antón, cuya estampa engrosó en la enseña de la capital vizcaína. Su estructura es de un gótico discretamente interesante y su portada, renacentista.

Hacia el interior del Señorío hemos de recordar las iglesias de Orduña y Valmaseda y la colegiata de Cenarruza con su claustro renacentista. Andra Mari de Galdácano, templo románico de finales, fue ampliado en los siglos XIV y XVI siguiendo estructuras góticas. Su retablo mayor, de comienzos del siglo XVI es un ejemplo de aculturización o adaptación a la imaginaria popular.

Retornando a las poblaciones portuarias merecen ser citadas las iglesias góticas de Portugalete; Plencia, conservando algunos paneles en relieve, pertenecientes al antiguo altar; Bermeo, donde sólo se conservan la iglesia de Santa Eufemia y el claustro de los Franciscanos, tras el incendio de 1504; Lequeitio, con uno de los conjuntos más completos por su retablo mayor más otro que representa el Calvario. Ondárroa, Zumaya y Guetaria son otro rosario de muestras arquitectónicas del gótico, con la portada ya citada de Deva. San Vicente de San Sebastián, construcción tardía, de entre finales del XV y comienzos del XVI, y la de

Hondarribia (Fuenterrabía), del gótico florido de influencia isabelina.

Durante ese período se producen otros cambios sobre los de origen natural y orientación institucional. Por la geografía del país se pueden comprender las diferencias climatológicas entre las cuencas del Ebro y la cornisa cántabra, y por otro lado los altos valles pirenaicos y la depresión occidental evidentemente influyen hacia distintos comportamientos en la construcción; pero con la pérdida del reinado de Navarra, que servía de alguna manera de núcleo hegemónico para centrar y asentar las directrices generales sobre la división diocesana (Pamplona, Calahorra y Bayona), se ve en cierta medida truncada y lógicamente repercute para favorecer una mayor dispersión de criterios. Beneficiosa, si se quiere, en cuanto a riqueza variada dentro de cada estilo. Pero lo cierto es que en su conjunto nunca más volvería a alcanzar el elevado nivel de aquellos monumentos medievales. En contrapartida, el occidente europeo avanza hacia el Renacimiento, y aportando todo tipo de cambios, iba a alterar el factor económico y desarrollar nuevos tipos de vida sobre las formas tradicionales.

Las iglesias del noreste, en la Diócesis de Bayona, poseen espadañas con muros de gran alzada, campanario-frontón, en Arbona, Bidarte, Halsu, Milafranga, Makea, Iholdi, Ibarre, Ahetze, etc., que caracterizan la región centro y costera; son aún más originales algunas de Zuberoa (Soule), con sus agudos tejados pirenaicos, con espadañas tridentes, a las que se viene llamando iglesias trinitarias, una junto al castillo de Maule (Mauleón) y otras son las parroquias de Urrüxtói (Arrast), Sarrikota-pia (Charrite-de-bas), Undüréine, Oníze (Abense), Bildóze, Mithikile (Moncayolle), Gotáñe, Zalgize, Atharrátze, Idáuze, Mendi y Alzürükü, que, compaginando con la ruta descrita de las iglesias románicas, se puede realizar la excursión más extraordinaria del país.

Las casas-torre de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, como consecuencia de la guerra de bandos y la quema de Mondragón en 1448, a petición de las Hermandades de las villas, el rey de Castilla ordenó derribarlas en 1456. Con el tiempo, muchas se volvieron a reconstruir sobre sus antiguas bases, probablemente obedeciendo a las estructuras primitivas, si las comparamos con las existentes en las zonas de Navarra cántabrica: Ursua de Arizcun, Jauregizar de Arrayoz, Irurita, Donamaría, Lesaca, así como con las torres laburdinas Senpere (St-Pée-sur-Nivelle) y Urtubi (parte primitiva de ésta, ya que fue transformada en el siglo XVIII).

En Guipúzcoa y Vizcaya, por citar algunas, la de Berástegui, Jaolaza de Elgueta, Zumelzegi de Oñate, Balda de Azcoitia, Berriatua de Mutriku, etc., y en Señorío, Aranzibia de Berriatua, Muntzaraz de Abadiano, Ugarte de Mujica, Urdabay de Guernica, Martiartu de Erandio, Zamudio, Muñatones, Guecho, Sestao, etc. Y amuralladas, las de Fontecha, Varona de Villanañe, Mendoza y Muñatones.

En Navarra son más frecuentes las casas de cabo de Armería, con patio. Pero hay que destacar entre todas, las de Marcilla y Arazuri, que son palaciegas.

Algunas villas conservan casas palaciegas, Torre-luzea de Zarauz es un ejemplo.

La excelencia de la arquitectura civil es, sin duda, el castillo-palacio de Olite, obra iniciada en 1406 bajo el mandato de Carlos el Noble, y que no tiene parangón con ningún otro del país, ni con Agramount de Bidache, en ruina, ni con Arazuri. Es de estilo francés con inserciones de elementos mudéjares en la decoración.

Al Museo de Navarra se han recogido la mayoría de las pinturas murales del antiguo reino. Siendo las principales las de Artai, Artajona, Olite, Gallipienzo y Olleta. Existen otras interesantes en Gaceo y Urriald de Alava.

Obras pintadas en tabla son más abundantes. Destacan sobre todas las de las catedrales de Tudela y Pamplona. En Alava hemos de recordar el tríptico de Yurre y el de Hueto Abajo. Los museos de Pamplona, Bayona, Vitoria y Bilbao contienen parte de este valor artístico de imaginaria y pintura en tabla.

RENACIMIENTO

A comienzos del siglo XVI aún se mantiene el gótico florido. Los descubrimientos de América y de los bancos de bacalao en los mares del Norte ofrecieron al litoral vasco una prosperidad inusitada y, por consiguiente, al incremento del desarrollo de las obras artísticas. Agrandaron los templos para acoger los enterramientos en el interior, costumbre que venía generalizándose en las villas, por lo menos desde comienzos del siglo XIV, como indican algunas de las carta-puebla. Con ello, en Vizcaya y Guipúzcoa van desapareciendo las estelas discoidales siendo suplantadas por la *argizaiola* (tabla de cerilla) para orar a los difuntos. Pero lo más importante es que juntamente se va desarrollando la música coral y de órgano, y la buena disposición

de los maestros canteros vascos se vio en la necesidad de transformar el templo a una nueva tipología: la iglesia salón o iglesia columnaria. Sin lugar a dudas es de las cosas más importantes que los vascos han aportado en las artes.

El apaciguamiento de la guerra de bandos y la foralidad, con su hidalguía universal desde Enrique IV de Castilla, tampoco los podemos descartar a la hora de valorar la prosperidad económica, a la vez del derecho al enterramiento en el templo, que crea nuevas necesidades.

Estas iglesias columnarias o de salón, constituyen una singularidad arquitectónica, y predominan más que en cualquier otra región en Guipúzcoa y Vizcaya. Sus bóvedas son casi siempre de crucería gótica y de ahí que se ha venido a llamarlas «gótico vascongado» o «gótico vizcaíno», pero no siempre es así, puesto que en las parroquias de Azcoitia y Azpeitia las bóvedas vienen a ser de estilo Renacimiento.

Sus estructuras, por lo general, son de planta basilical de tres naves con un solo ábside poligonal en la central; las tres naves son de la misma altura, carecen de arbotantes y los apoyos exteriores son gruesos y salientes contrafuertes; los interiores, y es lo que más los caracteriza, con altísimas columnas por lo general con capiteles clásicos de uno y otro género; en los ábacos, o en la prolongación del fuste sobre el ábaco, descansa la bóveda. Generalmente suele ser de crucería; estrelladas, de nervios ondulantes, o en muy pocos casos bóvedas vaídas con arco rebajado, de nervios rectangulares u ovulares.

En Guipúzcoa son doce las iglesias columnarias, con capiteles dóricos o sin capiteles la mayoría, San Andrés de Eibar es la única con capiteles de orden corintio; dóricos, los de San Pedro de Ariznoa y Santa Marina de Oxirondo en Vergara; más las parroquias de Zumárraga, Segura, Idiazábal, Tolosa, Rentería, Irún, Deva, Azcoitia y Azpeitia. En Vizcaya, San Vicente de Bilbao, y las parroquias de Zamudio, Gauteguiz de Arteaga, San Juan de Aulestia (Murélagu), Xemein (Marquina), Rigoitia, la modestísima de Amoroto, donde existe un retablo plateresco, la cabecera de Andra Mari de Galdácano también está ampliada conforme a este tipo de arquitectura, y la de Elorrio, que tiene un triforio con herraje y conserva la única torre contemporánea, y sobre todas, la de Guernica con sus capiteles jónicos. En Alava ya son más escasas, pues sólo se conocen San Vicente de Vitoria y la parte de ampliación en la cabecera de Santa María la Real de Laguardia. En Navarra las parroquias de Cintruénigo y Cascante.

Los exteriores son muy simples. La decoración se reduce a las puertas de traza renacentista; pináculos y columnas platerescas, con emblemas y grutescos, arcos de medio punto dovelados y a veces decorados con casetones.

Existen otros templos contemporáneos del mismo estilo pero de una sola nave, con columnas adosadas a los muros o sin ellas, para cubrir su función con ménsulas; bóvedas de crucería gótica o vaídas, con nervios en retícula, formando casetones de estilo renacentista. Que su influencia traspasó la frontera, es evidente, y un ejemplo es la cabecera de la parroquia de San Vicente de Xaintes en Urruña (Urrugne), donde podemos apreciar los efectos: columnas adosadas con capiteles toscanos y bóveda de alamigeras como en algunas iglesias guipuzcoanas de la época.

Claustros renacentistas encontraremos en la colegiata de Cenarruza en Vizcaya y el convento de San Telmo en San Sebastián, hoy destinado a museo. Capillas platerescas de exquisito gusto las hallaremos en los templos de San Miguel y San Vicente de Vitoria.

En la arquitectura civil habría que destacar la antigua Universidad de Oñate. Edificio cuadrangular con claustro en su centro, galerías, capilla a un lado del vestíbulo y grandes salas, algunas con artesonado de influencia mudéjar. Sobre todo una fastuosa fachada. Fue edificada entre los años 1546 y 1548 bajo la traza y dirección del arquitecto francés Pierre Picart.

Algunas de las torres desmochadas en 1456 fueron reconstruidas sobre sus primitivas bases siguiendo el estilo renacentista. Este es el caso de la torre de Loyola, cuna de San Ignacio, que se elevó con estilo mudéjar sobre la base gótica. Otras obedecieron al último período ojival, que se prolongó a comienzos del siglo XVI y no siempre con línea conopial. De este tipo vienen a ser la aludida Torre-luzea de Zarauz, palacio Guevara de Segura en Guipúzcoa, Ercilla de Bermeo, Licona de Ondárroa e Izurza en Vizcaya. Pero también encontraremos las de otro tipo en los conceptos plásticos de la época que produce una arquitectura más avanzada y característica: Legazpi de Zumárraga, Santa Cruz de Ceberio y Aranguren de Orozco sirvan de ejemplo. Estética que imitan muchos caseríos de las zonas montañosas.

En las casas palaciegas se observa la misma desigualdad, al no abandonar del todo la tradición ojival: Basozábal de Azpeitia, Lili de Cestoma, Arancibia de Berriatua, Ugarte de Oquendo... son algunos ejemplos. Son más clásicos del primer período renacentista Ubilla de Urberuaga en Mar-

quina y Ozaeta de Vergara. De período más avanzado, Lobiano de Ermua y Oxirondo de Gordejuela. Unos pocos ejemplos de casa urbana los hallaremos en los viejos cascos de las villas, y para las de agrupación rural pueden servirnos como modélicas para la vertiente cántabra algunas casas de Goizueta, como la de Urrutiena o Jaudenea.

La tipología es otra en la región pirenaica, con similitud por ambas vertientes en las construcciones de Zuberoa (Soule) y valles navarros de Roncal, Salazar y Aezcoa. Son muy notables algunas casas solariegas como en Irürri (Trois-Villes), castillos de Irisarri, Iholdi, Armendaritz y la mansión Maytie d'Andurain de Maule. En otros tiempos fue importante el castillo de Agramonte, de Bidache, cuyos orígenes se remontan al siglo XI, convertido en espléndido palacio durante los siglos XVI y XVII, e incendiado en 1796, a consecuencia de la Revolución, hoy sólo se pueden visitar sus ruinas.

En la región peninsular, el Renacimiento fue coincidente con la expansión del Concejo cerrado, que vino a sustituir a la Universidad o antiguo Concejo abierto que resolvía los asuntos de interés municipal, y comenzaron las construcciones de suntuosos ayuntamientos.

La escultura del Renacimiento, en su primera fase plateresca, es de influencia flamenca y borgoñesa, y así se comprende que los Picart, Beaugrant, Imberto, el Maestro de Nantes, Troas, entre otros, dejaran su huella en los templos del país.

En Vitoria funcionó el taller de Juan de Ayala, consolidado en el estilo plateresco y compitiendo con aquellos extranjeros. Ayala trabajó para la Diócesis de Calahorra. Probablemente es obra suya el retablo de la parroquia de Marquina-Xemein, pues consta que pintó y doró en 1527, y en 1543 se le contrató para efectuar el de la colegiata de Cenarruza. Trabajó para otros lugares de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, y es muy natural que las mejores obras las realizará en esta provincia. Un escultor vitoriano, contemporáneo a Ayala y que destacó por su fina labra, fue Andrés de Mendiguren. Ambos colaboraron en la ejecución del retablo de la Piedad en la parroquia San Miguel de Oñate.

En Vitoria tenía también sus talleres Andrés de Araoz, cuya obra se extiende hasta Navarra y es justamente en Genevilla donde dejó su mejor muestra, en 1563. A él y su hijo Juan pertenecen los dos primeros cuerpos del retablo mayor de la parroquia San Andrés de Eibar, considerado entre los mejores de Guipúzcoa.

La capilla del Abad Irusta de Cenarruza se debe a Guiot de Beaugrand, que dejó importante obra en Vizcaya. Una de sus obras maestras es la capilla de la Piedad en San Antón de Bilbao. Del retablo proyectado para la catedral del Señor Santiago se conservan algunos bultos en el Museo Arqueológico. Quizás la mayor obra que dejó fue el retablo mayor de Portugalete, realizado con la colaboración de su hermano Juan.

En la segunda mitad del siglo XVI se introduce la escuela romanística. El principal escultor de esta corriente será el azpeitiano Juan de Anchieta, siendo el primero en establecer los conceptos temáticos del concilio tridentino. Anchieta, que aparece en Astorga y Briviesca, en 1565, junto con Juan de Juni, sería reconocido por éste, a su muerte, como el único capaz de seguir la obra que dejaba inacabada en Medina de Rioseco, al testar que «no hay otra persona ninguna del dicho arte de quien se pueda fiar la dicha obra sino es del dicho Juan de Anchieta».

Anchieta, entre 1572 y 1575 trabajó en Guipúzcoa, donde reclutó sus primeros discípulos. Su obra cumbre en Guipúzcoa es el retablo mayor de San Pedro de Zumaya. En 1576 se establece definitivamente con su taller en Pamplona, creando escuela, de donde salieron sus destacados discípulos: A. Bengoechea, P. González de San Pedro, M. Ruiz de Zubieta, López de Larrea, B. Imberto, D. Bidarte, D. de Luso o Lussa, J. de Berrueta, Jerónimo Larrea, J. Iriarte y otros.

A él se deben los hermosos retablos de Cáseda, Aoiz y Tafalla. Falleció en la capital navarra en 1588, y fue sepultado en el claustro de la catedral con una banda que rezaba: «Aquí yace Anchieta, que sus obras no alabó ni las de otros despreció».

En esa segunda parte del siglo XVI es cuando Navarra empezó a reaccionar tras la invasión sufrida en 1512. Y talleres surgen por doquier: Sangüesa, Lumbier y Estella. Produciendo obra para el país y para fuera del país. En Vitoria, Bilbao y otros puntos también funcionaron talleres de escultura. Pues paralelamente a Anchieta trabajaron A. Gaztelu, J. Gazteluzar, Obray, B. Gabadi, D. de Mayora, D. de Segura, Jiménez de Alsasua, M. de Espinal, B. de Arbizu, A. de Zarraga, etc., sin vinculación con los talleres anchietanos.

Fuera de dichas influencias, el escultor Sauguis trabajó particularmente en la región de Zuberoa bajo las órdenes de Arboud de Maytie. Otro paralelismo se produce con los

imagneros populares que funcionan en los pueblos. El grupo escultórico de la ermita de la Trinidad del pueblo de Santa Eulalia (Alava), con el ángel que protege al niño acechado por el diablo; la Piedad de Halsu (Halsou) o el Cristo de Saint Sauveur en Jatsu (Jatxou), en la región de Lapurdi (Labourd); el San Isidro con laya, talla renacentista con adaptaciones posteriores, en San Andrés de Placencia-Soraluze (Guipúzcoa) o el grupo de Santa Ana y la Virgen en Berango (Vizcaya) son buena muestra de ello.

La pintura renacentista no estuvo a la altura de la escultura. Hubo, no obstante, pintores y doradores como Miguel de Araoz, Olazarán, Breheville, Elizalte y otros que realizaron obras de valor. Pedro Días de Oviedo circunscribe su obra a Tudela y su zona de influencia.

Una obra insólita es la del maestro de Ororbia, en la céndea de Olza, ejecutada hacia 1530. En época inmediata trabajan Juan de Bustamante, vecino de Estella, igual que Miguel de la Torre. En la zona media de Navarra trabajan además Juan de Monzón, su discípulo el vizcaíno Felipe Gil, Diego Polo y otros, como Juan de Lumbier y Paulo de Ezcheppers, fallecido en 1589, que trabajó en Zaragoza junto al flamenco Rolan Moís, y entre ambos pintaron tablas de entre las que descuella la realizada para las Agustinas Recoletas de Tafalla.

A mediados del XVI funcionó en Bilbao la escuela de pintura de Vázquez, donde se formó Francisco de Mendieta, el autor de la Jura de los Fueros, hoy en la Diputación vizcaína. Juan Mayorga, de Donibañe-Garazi (Saint-Jean-de-Pied-de-Port), nacido en 1531, en 1566 ingresó en la Compañía de Jesús y marchó a la misión de Brasil sin dejar apenas obra.

Pamplona se nutrió de pintores locales. Tardíamente se destacó Juan de Landa, con un manierismo reformado. Tuvo discípulos e hizo obra muy extensa, destacando los retablos de Eransus, Cáseda y Sagasetta.

El Renacimiento, en su conjunto, alcanzó las cotas más altas en la historia del arte en el País Vasco. Y tanto en arquitectura como en escultura hubo maestros que siguieron el proceso evolutivo al barroco. Tal es el caso de Bazcardo, que trabajó en Alava y Guipúzcoa, dejando una obra maestra en el retablo de Irún. Aloitz de Vizcaya, Biniés en Navarra, y hasta los propios talleres de los Ayala y Araoz de Vitoria siguieron a las nuevas corrientes estilísticas.

BARROCO

En arquitectura destacó Miguel de Aramburu, franciscano, hijo de Cerain (Guipúzcoa), que introdujo la manera herreriana. Dicha factura llevan los edificios trazados por él. Los conventos de San Francisco de Tolosa y el de la Trinidad en Rentería, así como la Casa Consistorial de esta villa.

La Orden carmelitana introdujo el estilo de la Casa de Santa Teresa de Avila, como se puede contemplar en los conventos de Marquina (Vizcaya) y Lazcano (Guipúzcoa), este último hoy ocupado por benedictinos.

Otro edificio notable, de traza herreriana, es la iglesia de los Santos Juanes de Bilbao, que perteneció a los jesuitas. En su claustro y dependencias adyacentes se aloja el Museo Arqueológico y Etnográfico de Vizcaya.

Pero lo más propio y característico de la arquitectura del siglo XVII en el país, son sin ningún género de duda las iglesias con galería en Labourd y Baja Navarra. El proceso comenzó en siglo XVI por necesidades de ampliación y exigencias económicas, y tal fue la aceptación del clero y pueblo, que solucionaron dichas necesidades elevando gradas en los muros interiores de los templos. Pronto se generalizó, para que las iglesias erigidas en los siglos XV y XVI se llenaran con estas galerías originales, hoy tan características de aquellas regiones. Constituyen un elemento de dos o tres pisos de gradas, a veces hasta cuatro, que apoyadas con pies derechos en el suelo de la nave y sujetadas las gradas al muro, a base de vigas cubren los mismos abarcando ambas paredes y parte trasera del templo. Son estructuras de madera hábilmente ensambladas, con los sistemas empleados por los ensambladores de retablos y de la arquitectura popular, que a veces sostienen unas tensiones que constituyen un alarde de equilibrio. Muchas de estas galerías llevan tallas ornamentales similares a las que usan en el mobiliario del país.

Siendo tan numerosas las iglesias con galerías sólo podemos mencionar algunas como referencia: Donibane-Lohizune (Saint-Jean-de-Luz), Ziburu (Ciboure), Hendaia, Cambo, Bidarte (Bidart), Ainhoa, Orzaize (Ossés), Ezpeleta, etc.

Las casas consistoriales, amplias y hermosas, que en las villas de Vizcaya y Guipúzcoa comenzaron a levantarse en el siglo XVI, se proliferan en el XVII y XVIII. En las mismas se pueden observar los diferentes estilos seguidos en el país por los constructores. Las hay revestidas de la severi-

dad que caracteriza la manera de Herrera; y en las postrimerías del barroco las hay también pregoneras del predicamento, como diría C. de Echegaray, que merced a los Ibero y otros arquitectos reputados, llegó a almacenar aquí el churriguerismo. Del mismo tipo, se construyeron casas palaciegas de personalidades que alcanzaron acceso a la Corte, acomodados comerciantes y los primeros «indianos».

La misma arquitectura de caseríos y núcleos urbanos es rica y variada. El comportamiento del constructor está en relación con las exigencias del clima y la materia prima disponible en cada lugar, pues el transporte era uno de los grandes obstáculos.

Como queda dicho, a los manieristas siguió una pléyade de imagineros cuyas obras proliferaron en los templos del país, con talleres en lugares tan apartados como Aulestia, donde recobró fama el imaginero Martín de Basabe, que trabajó intensamente fabricando retablos para iglesias rurales.

Juan de Mena ilustró con sus hermosas esculturas expresionistas la iglesia de San Nicolás en Bilbao. Del mismo hay piezas desperdigadas por la geografía vizcaína y alavesa.

Pero el escultor que dejó honda huella fue Gregorio Fernández, el más renombrado de los escultores españoles en el Barroco. Los retablos ejecutados para el santuario de Aránzazu y el convento de Franciscanas de Isasi se malograron al ser pasto del fuego en la guerra carlista y la última contienda civil. A Fernández se deben en Vitoria los retablos de San Miguel y San Antonio (Franciscanos recoletos). Y, según el conde de la Viñaza, es también el autor del retablo mayor de la parroquia de Cegana, de tres cuerpos, con su escultura. Entre los buenos discípulos que tuvo y le ayudaron en sus obras, el que más distinguió fue Juan Francisco de Hiarne, que por su mérito y honradez le dio en matrimonio a su hija Damiana. Pero su estilo influyó tanto en los escultores alaveses José de Angulo, Pedro de Ayala y Diego Jiménez II, que trabajaron en Vitoria y la Rioja alavesa, que a simple vista vienen a ser confundibles. En la Rioja alavesa, Jiménez II realizó algunos trabajos en colaboración con Juan Bazcardo y Pedro Jiménez, natural de Viana, que anteriormente había trabajado en Valladolid en los propios talleres de Gregorio Fernández.

En el País Vasco de Francia funcionó el taller de Martín de Bidache, que produjo obras considerables. Un exponente del mismo, quizás su mejor obra, es el retablo mayor

de la iglesia de Donibane-Lohizune (Saint-Jean-de-Luz), realizada en 1670.

En algunas capitales vascas hay obra pictórica de Murillo y Cano. Con el primero trabajó el azcoitano Iriarte pintando primorosamente los paisajes. Pero en el propio país no se revela nada importante. En Navarra se observa mejor calidad entre los seguidores de Juan de Landa. Pero el que se revela con cierta notoriedad es Andrés Urzainqui (1604-1672), de Cascante, quien realizó casi la totalidad de su obra en Zaragoza. Con él, formó a sus tres hijos pintores.

NEOCLASICO

Arquitectos reputados fueron los Carrera de Beasain. Padre e hijo dejaron mucha obra en Guipúzcoa y Vizcaya. En San Miguel de Oñate, el padre hizo la portada y el hijo la torre. Escoriaza, Arechabaleta, Legazpia, Pasajes de San Pedro, Zaldibia, Gordejuela, etc. Quizás las más notables, en el hijo, sean la fachada de la parroquia de Tolosa, el Ayuntamiento de Mondragón y la Aduana de Orduña.

Los azpeitianos Ibero, trabajaron principalmente dentro de la provincia. El padre adquirió fama al ejecutar afortunadamente el remate de la cúpula de Loyola, según el trazado del italiano Fontana. Allí, bajo sus órdenes, se formaron muchos maestros canteros, y también su propio hijo. Entre padre e hijo terminaron la iglesia de Elgoibar, según los planos de Longa de Mendaro. Erigieron la parroquia de Andoain y las torres de las de Hondarribia y Usurbil entre otras. El hijo se ocupó de la portada de Azpeitia, trazado por Ventura Rodríguez.

Los Longa, también padre e hijo, trabajaron en la transición del barroco tardío al neoclásico. Del padre es la casa palaciega Mugartegui de Marquina, y del hijo el convento de Clarisas en Salvatierra, así como la torre de la parroquia de Portugaleta.

Los Olaguibel de Alava se destacaron en el desarrollo de un neoclásico más depurado, que además de erigir edificios religiosos y civiles realizaron trazados urbanísticos. Justo Antonio de Olaguibel (1752-1818) realizó la Plaza Nueva de Vitoria. Este arquitecto fue uno de los principales promotores de las ideas renovadoras de la Ilustración.

Pero el que de verdad irrumpió de manera rigurosa, paralelamente a Olaguibel, fue el aragonés Silvestre Pérez, que al volver de su exilio por afrancesado, se instaló primero en

Guipúzcoa y Vizcaya, donde implantó sus ideas de líneas vitrubianas infundidas por Blondel. Ese sentido historicista encontraremos en el Ayuntamiento de San Sebastián, en la plaza de la Constitución, que seguiría luego Pedro Manuel Ugartemendia. A Silvestre se le deben también la prolongación de las siete calles de Bilbao con las casas de la Ribera y la Plaza Nueva de Bilbao. Así mismo las parroquias de Motrico y Bermeo; el convento de los Franciscanos de Tolosa como el retablo mayor de su parroquia, el Hospital de Bilbao y el Teatro de Vitoria.

La escultura evoluciona en Alava con los Valdivielso, comenzando por Mauricio Damián, «el Santero de Payueta». Paralelamente funcionó la dinastía de los Moraza.

Los Jauregui de Vergara, arquitectos y ensambladores, construyeron retablos para Guipúzcoa, Alava y Navarra. Con ellos colaboraron los escultores Mendizábal de Eibar, el más joven de éstos, Juan Bautista, colaboró en Alava con los Valdivielso.

Paralelamente, la obra pictórica es más bien floja. De los mejores pintores y doradores en los talleres de Vitoria podía citar a los Aguirre, los Basco y José López de la Torre.

DESDE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Entramos en el período de la gran industrialización, en pleno período romántico, y el proyecto del ensanche de Bilbao fue iniciado por Amado de Lázaro en 1861 y llevado a efecto por Severino Achúcarro con los ingenieros Alzola y Hoffmeyer, siendo el arquitecto municipal Orueta. Es la época de los «neos» y los estilos se diversifican y el modernismo no alcanza la pujanza de Cataluña. A los edificios civiles neorrenacentistas y religiosos neogóticos les sigue el neovasco, que sólo se cultivaría con cierto éxito en la construcción de villas o chalés. En resumen, una arquitectura variopinta y sin carácter propio.

Hubo cierta regularidad en la Gran Vía de Bilbao, como en la urbanización de Amara en San Sebastián. En Bayona también se construyeron edificios similares. Ello no niega que hubo arquitectos importantes y que no erigieran edificios monumentales, pues ahí están las Diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa y el Teatro Arriaga de Bilbao.

Con Nemesio Mogrovejo y Quintín de Torre se inicia el movimiento escultórico enlazado con la línea plástica rea-

lista-romántica a lo Auguste Rodin, con imágenes cargadas de simbolismo y expresividad. El primero muere muy joven y el segundo se aparta de sus primeros pasos para interesarse en temática costumbrista y social, sin dejar de realizar imágenes casi renacentistas. Otros, como León Barrenechea, Orduna, Beobide, Elguezua, Díaz Bueno siguen formas y motivos similares con pulcritud en la ejecución.

De pronto resulta que la pintura se hace más importante en nuestro país. Un fenómeno insólito en nuestra historia. Pues sonaron los ecos de París en la escuela que Antonio María de Lecuona tenía en Bilbao. Sus amigos Guinea y Guiart trabajan con entusiasmo la nueva luz y la viveza de color en los lienzos. Pero, además, entre ellos hay otro personaje que ilumina los cuadros con la nueva técnica a la mancha, y éste era Darío de Regoyos, asturiano de nacimiento y vasco por adopción. Entre ellos se las arreglaron para que los becados a la Escuela de San Fernando obtuvieran a su regreso otra beca para París. Así, las nuevas generaciones avanzaron por el impresionismo y postimpresionismo. Desde un primer momento, a ese nuevo movimiento se vieron vinculados Arteta, Durrio, Echevarría, Tellaheche, Zuloaga y otros, que luego fundarían la Escuela Vasca al asociarse. Zuloaga, hombre de la generación del 98, no abandonaría las tendencias de la pintura clásica española. Paco Durrio no volvería, salvo visitas esporádicas, pero este suceso fue tan importante que favoreció a los jóvenes que iban a París, pues contarían allá con un «embajador» que les facilitaría los contactos al más alto nivel.

En esa escuela hay que distinguir dos modos, que son la manera de pintar y el motivo a pintar. Como en los impresionistas, hay mucho de común en ellos, pero cada uno es distinto según su gusto y personalidad. Hay tres momentos importantes en su trayectoria. El inicio impresionista con Regoyos, Guinea y Guiart, técnica y color, luz y espacio y captación de la atmósfera a lo Turner. De inmediato vienen sus seguidores, los postimpresionistas Echevarría, Arteta, Olasagasti, Vázquez Díaz, que se une a ellos en las nuevas corrientes y pasa grandes temporadas a orillas del Bidasoa, y Tellaheche. Paralelamente contribuyen con sus tendencias personales los hermanos Zubiaurre e Ignacio Zuloaga, a quien envidian pero no le imitan. Ramiro de Maeztu entra en ese ambiente con aportación modernista y poco a poco irá evolucionando con el postimpresionismo. De ahí nace una tercera generación con Aranoa, Amárica, Ucelay, Urrutia y Martínez Ortiz de Zárate. Y gracias a la labor realizada por la Sociedad de Artistas Vascos, fundada en 1916, se aglutina y consolida la nueva tendencia y se logra desarrollar un importante Museo de Bellas Artes, en Bilbao, para

acoger la muestra de dichos pintores. Y, entre todos ellos, no hay que olvidar a Francisco Iturrino, amigo íntimo de Matisse, con quien colaboró en el *fauvismo* y fue el primer introductor de esa corriente en la Península, sin descartar a Juan Echevarría.

Iturrino pintó generalmente motivos exóticos que no tuvieron tanta aceptación en aquel período de exaltación patriótica vasca; no por ello se le puede negar el ser uno de los más avanzados en ideas. Martínez Ortiz de Zárate, con cierta influencia cubista, realiza también una avanzada plástica.

Los hermanos Arrue, encabezados por Alberto, costumbrista y gran retratista, José, entre hiperrealismo y *naïf* emulando una crítica social a lo Brueghel, aunque Ricardo y Ramiro descienden un poco a falta de vigor colorista que tan bien sabían impregnar a sus lienzos los hermanos Zubiaurre con similar temática. La obra de Ricardo Baroja, algo desigual y escasa de luz, sabe sin embargo lograr efectos y cuida las veladuras. El magisterio de Ascensio Martiarena generaliza el postimpresionismo en Guipúzcoa.

En el centro de aquel movimiento generado desde Bilbao está Aurelio Arteta, quien aprovecha bien las ideas de composición y la alternancia de luces de Cézanne y aunque se guíe de Puvis de Chavennes para los murales, en los toros se diría que están presentes los florentinos del Renacimiento, en el mejor sentido de la palabra. Sus obras cimeras son los frescos de la rotonda del Banco de Bilbao en Madrid, con motivos alegóricos del pueblo vasco, y la espiritualidad occidental en los del Seminario de Logroño.

Afortunadamente para el movimiento pictórico existente en la primera mitad del presente siglo, somos sabedores y responsables en omisiones. No es posible citar a todos y ahí van algunos: Ciga, E. Zubiri, Basiano, por Navarra; Biename-Artia, Montes Iturrioz, Cabanas Erauzquin, Balenciaga, por Guipúzcoa; más otros como Barrueta, Ortiz de Urbina, Uranga, etc. Todos ellos contribuyeron a crear un clima apropiado para el desarrollo del arte pictórico que, podemos decir, hasta entonces no existió en el país, con un concepto creativo, como demostró aquel malogrado por la guerra civil, Nicolás Lecuona. Aquella guerra del 36 truncó la marcha de la pintura. Hizo desaparecer la Sociedad de Artistas Vascos, y la mayoría salió al exilio, y con ellos el gran animador y crítico Gutiérrez Abascal, «Juan de la Encina».

De la humillación sufrida y la ruina cultural de la dictadura fue brotando lentamente la nueva mies de la vieja se-

milla, irrumpiendo con el manifiesto de 1960. Venía firmado por los pintores Amable Arias, Néstor Basterrechea, Rafael Ruiz Balerdi, José Antonio Sistiaga y José Luis Zumeta, y los escultores Eduardo Chillida, Remigio Mendiburu y Jorge de Oteiza. Propugnaban un ambicioso proyecto de Escuela Vasca, diciendo «...no utilizamos un estrecho esquema mental, ya que incluimos en ella a cualquier supuesto estético capaz de expresar el momento histórico de nuestro pueblo», al hacer extensivo de Guipúzcoa a Vizcaya, pretendiendo trasladar la idea a Alava y Navarra. Las manifestaciones no suelen ser las más idóneas para las innovaciones plásticas, y mucho menos en aquella época. Causó efecto, pero mucho más en las esferas políticas, y con ello vinieron las trabas externas e internas.

Innegable la fama universal por los galardones recibidos por algunos. En primer lugar hemos de situarle a Oteiza, quien ya recibió el premio de noveles guipuzcoanos en 1931, y en 1934 realizó aquellas interesantes cabezas de Sarrigui y Balenciaga. En 1951, diploma de honor en Milán y en 1957, el gran premio de la Bienal de Sao Paulo. A pesar de todo y después de tanta cortapisa, logra, por fin, colocar el friso de los apóstoles en el santuario de Aránzazu, desarrolla los módulos Malevitch y la desocupación espacial para culminar en la caja metafísica y el círculo cromático. Por su parte, los espacios de Chillida desde la materia madera, piedra, hormigón al hierro reciben un magistral tratamiento en cada caso, variado y distinto, destacando principalmente en la forja del hierro. Los numerosos galardones recibidos acreditan su obra y su fama. El Peine de Viento en San Sebastián y la Plaza de los Fueros en Vitoria muestran el testimonio de su gran valía.

Los escultores de esta época han dado mejores muestras y diversas plazas del país ostentan obras de Oteiza, Chillida, Basterrechea, Mendiburu y Larrea. Pero últimamente se observa un prometedor movimiento pictórico, siguiendo el eslabón de los manifestantes del 60, incluyendo a Ibarrola, Amezttoy, Ortiz de Elguea y otros de su época, y el más cercano, Juan Luis Goenaga, admirado por las nuevas generaciones, promesas del futuro.

Como colofón citaré los principales museos públicos: En primerísimo lugar el Museo Bonnat de Bayona, con rico fondo de los clásicos, aparte de las tablas de los primitivos: Desde Durero y Rafael hasta Ingres pasando Van Dick, Rubens, Teniers, Hals, Rembrandt, Piero della Francesca, Tiziano, Greco, Goya, Murillo, Ribera, Corot, David, Courbert, Delacroix, Fragonard, Gericault, Heim, etc., y varios impresionistas.

El Museo de Bellas Artes de Bilbao, además de obra antigua posee la mejor colección de los impresionistas vascos de la Escuela de Pintura Vasca, y escultores contemporáneos. Obras de Cézanne y Gauguin y una buena muestra de arte contemporáneo.

El Museo Provincial de Alava, en Vitoria, además de obra antigua, trípticos flamencos, imaginería y pintura de la escuela española, interesante muestra de los impresionistas alaveses con muchísimas obras del vitoriano Fernando de Amárica, y la mejor colección del país en arte contemporáneo.

El Museo de Navarra muestra las mejores piezas arqueológicas del territorio navarro, pintura y escultura medieval, renacentista y barroca, pero también obras de los grandes pintores de comienzos de nuestro siglo, sobre todo navarros.

El Museo de San Telmo de San Sebastián, algo de fondos arqueológicos, mucho material etnográfico y varias salas destinadas a pintura y escultura de varias épocas, desde lo primitivo hasta lo actual, hay muestras de todos los estilos y épocas.

Museo Diocesano en la Catedral de Pamplona, con imaginería, pintura y orfebrería.

Museo Arqueológico y Etnográfico de Vizcaya, donde además de los fondos de su especialidad conserva imaginería y cerámica.

Museo Arqueológico de Alava, con material de la Edad del Hierro y romano principalmente.

Museo Vasco de Bayona, etnografía y arqueología.